

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Libro Segundo Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1581**



## LIBRO SEGUNDO

Del Ingenio Hidalgo

# DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

---

### CAPITULO IX.

*Donde se concluye, y dà fin à la estupenda batalla, que el gallardo Vizcaÿno, y valiente Manchego tuvieron.*



EX'AMOS en el primero libro desta Historia al valeroso Vizcaÿno, y al famoso Don Quixote con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales, que si en lleno se acertàran, por lo menos se dividirian, y fenderian de arriba à baxo, y abririan como una granada: Y que en aquel punto tan dudoso parò, y quedò destroncada tan fabrosa Historia, sin que nos dièsse noticia su Autor, donde se podria hallar lo que della faltava. Causòme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de aver leydo tan poco, se bolvia en disgusto de pensar el mal camino, que se ofrecia, para hallar lo mucho,

cho, que, à mi parecer, faltava de tan sabroso cuento. Pareciòme cosa imposible, y fuèra de toda buena costumbre, que à tan buen Cavallero le huvièsse faltado algun Sàbio, que tomàra à cargo el escrivir sus nunca vistas hazañas: Cosa que no faltò à ninguno de los Cavalleros andantes de los que dizen las gentes, que van à sus aventuras; porque cada uno dellos tenìa uno, ò dos Sabios como de molde, que no solamènte escrivian sus hechos, sino que pintavan sus mas minimos pensamientos, y niñerías por mas escondidas que fuèssen: Y no avìa de ser tan desdichado, tan buen Cavallero que le faltasse à èl, lo que sobró à Platir, y à otros semejantes: Y assi no podìa inclinarme à creèr, que tan gallarda Historia huvièsse quedado manca, y estropeada; y echàva la culpa à la malignidad del tiempo, devorador, y consumidor de todas las cosas, el qual ò la tenìa oculta, ò consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se avian hallado tan modernos, como *Defengano de Zelos*, y *Ninfas*, y *Pastores de Henàres*; que tambien su Historia devìa de ser moderna, y que ya que no estuvièsse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldèa, y de las à ella circunvezinas. Esta imaginacion me traìa confuso, y desseòso de saber real, y verdaderamente toda la vida, y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, Luz, y Espejo de la Cavallerìa manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se pùso al trabàxo, y al exercicio de las andantes armas, y al de desfazer agravios, focorrer Viudas, amparar Donzellas, de aquellas que andàvan con sus açotes, y palafrènes, y con toda su virginidad à cuestras de monte en monte, y de valle  
en

en valle; que fino era, que algun follòn, ò algun Villano de acha, y capellina, ò algun descomunal Gigante las forçava, Donzella hùvo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no dormiò un dia debaxo de texado, se fuè tan entèra à la sepultura, como la madre que la avia parido. Digo, pues, que por estos, y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quixote de continuas, y memorables alabanças; y aun à mi no se me deven negàr por el trabajo, y diligencia, que pùse en buscar el fin desta agradable Història: Aunque bien sè, que si el Cielo, el Caso, y la Fortuna no me ayudàran, el mundo quedàra falto, y sin el passatiempo, y gusto, que, bien casi dos horas, podrà tener el que con atencion la leyere. Passò, pues, el hallàrla en esta manera.

ESTANDO yo un dia en el Alcana de Toledo, llegò un muchacho à vendèr unos cartapacios, y papeles viejos à un Sedero; y como foy aficionado à leèr, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevàdo desta mi natural inclinacion, tomè un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caractères, que parecian Aràvigos: Y puesto que, aunque los conocia, no los sabia leèr, andùve mirando, si parecia por allì algun Morisco Aljamiado, que los leyèsse; y no fuè muy dificultoso hallàr Interprete semejante, pues aunque le buscàra de otra mejor y mas antigua lengua, le hallàra. En fin la suerte me deparò uno, que dizièndole mi desèo, y ponièndole el libro en las manos, le abriò por medio, y leyèndo un poco en èl, se començò à reyr. Preguntèle, que de que se reya? Y respondiòme, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion.

TOM. I.

K

Dixele



Dixele que me la dixèsse; y èl fin dexàr la rifa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margen escrito esto. *Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta Historia referida, dizen, que tièvo la mejor mano para salàr puercos, que otra muger de toda la Mancha.* Quando yo oyè dezir, Dulcinea del Toboso, quedè atònito, y suspenso, porque luego se me representò, que aquellos cartapàcios contenian la Historia de Don Quixote.

CON esta imaginacion le di prièssa, que leyèsse el principio; y hazièndolo assi, bolviendo de improvisò el Aravigo en Castellano, dixo, que dezìa: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, Historiador Aravigo.* Mucha discrècion fuè menestèr para disimulàr el contento que recibì, quando llegò à mis oydos el titulo del libro; y salteàndosele al Sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapàcios por medio real (que si èl tuvièra discrècion, y supièra lo que yo los desseàva, bien se pudièra promèter y llevàr mas de seys reales de la compra.) Apartème luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguèle, me bolvièsse aquellos cartapàcios, todos los que tratàvan de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que èl quisièsse. Contentòse con dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometì de traduzirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad: Pero yo, por facilitar mas el negocio, y por no dexàr de la mano tan buen hallazgo, le truxè à mi casa, donde, en poco mas de mes y medio, la traduxo toda del mesmo modo, que aqui se refiere.

ESTÀVA en el primero cartapàcio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcayno, pueffos  
en

en la mesma postura, que la Historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada; y la mula del Vizcayno tan al vivo, que estava mostrando ser de alquiler à tiro de ballesta. Tenia à los piès escrito el Vizcayno un titulo que dezia: *Don Sancho de Azpetia* (que sin duda devia de ser su nombre:) Y à los piès de Rozinante estava otro que dezia: *Don Quixote*. Estava Rozinante maravillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tan etico confirmado, que mostrava bien al descubierto con quanta advertencia, y propiedad se le avia puesto el nombre de Rozinante. Junto à el estava Sancho Pança, que tenia del cabestro à su asno, à los piès del qual estava otro rotulo que dezia: *Sancho çancas*: Y devia de ser, que tenia, a lo que mostrava la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas; y por esto se le devio de poner nombre de Pança y de çancas (que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la Historia.) Otras algunas menudencias avia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso à la verdadera relacion de la Historia; que ninguna es mala como sea verdadera. Si à esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrà ser otra, sino aver fido su Autor *Aravigo*, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender aver quedado falto en ella, que demasiado. Y assi me parece à mi; pues quando pudièra y devièra estender la pluma en alabanças de tan buen Cavallero, parece, que de industria las passa en silencio: Cosa mal hecha, y peor pensada, aviendo y deviendo ser los



Historiadores, puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, el rancor ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la Historia, Emula del tiempo, Depósito de las acciones, Testigo de lo pasado, Exemplo, y aviso de lo presente, y Advertencia de lo por venir. En esta se, que se hallará todo lo que se acertare à desear en la mas apazible; y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fuè por culpa del galgo de su Autor, antes que por falta del fujeto. En fin su segundo libro, figuiendo la traduccion, comenzava desta manera.

PUESTAS, y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos, y enojados Combatientes, no parecia fino que estavan amenazando al Cielo, à la Tierra, y al Abismo (Tal era el denuedo y continente que tenian:) Y el primero, que fuè à descargar el golpe, fuè el colérico Vizcaÿno, el qual fuè dado con tanta fuerza, y tanta furia, que à no bolversele la espada en el camino, aquel solo golpe fuèra bastante para dar fin à su rigurosa contienda, y a todas las aventuras de nuestro Cavallero: Mas la buena fuerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario de modo, que, aunque le acertò en el ombro izquierdo, no le hizo otro daño, que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la zelada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho.

VÀLAME Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar aora la rabia, que entrò en el corazon de nuestro Manchego, viéndose paràr de aquella manera! No se diga mas, fino que fuè de manera, que se alçò de nuevo en los  
estri-

estrivos, y apretàndo mas la espada en las dos manos, con tal fùria descargò sobre el Vizcaÿno, acertandole de lleno sobre la almohàda, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defenfa, como si cayèra sobre el una montaña, començò à echàr sangre por las narizes, y por la boca, y por los oÿdos, y à dàr muestras de caèr de la mula à baxo, de donde cayèra sin duda, fino se abraçàra con el cuello; pero con todo effo facò los pies de los estrivos, y luego soltò los braços, y la mula espantàda del terrible golpe, diò à correr por el campo, y à pocos corcòbos diò con su Dueño en tierra. Estàvaselo con mucho fofsiègo miràndo Don Quixote, y como lo viò caèr, faltò de su cavallo, y con mucha ligèreza se llegò à èl, y ponièndole la punta de su espada en los ojos, le dixo que se rindièffe, fino, que le cortaria la cabeça. Estàva el Vizcaÿno tan turbado que no podia responder palabra, y èl lo pasàra mal (segun estàva ciego Don Quixote) si las Señoras del coche, que hasta entonces con gran desmàyo avian miràdo la pendencia, no fuèran adonde estàva, y le pidièran con mucho encarecimiento, les hizèffe tan gran merced, y favor, de perdonàr la vida à aquel su Escudero: A lo qual Don Quixote respondiò con mucho entòno y gravedad: Por cierto, fermosas Señoras, yo soy muy contento de hazèr lo que me pedis, mas ha de sèr con una condiciòn, y concièrto; y es, que este Cavallèro me ha de prometèr, de ir al lugar del Toboso, y presentàrse de mi parte, ante la fin par Doña Dulcinea, para que ella haga dèl, lo que mas fuère de su Voluntad. La temerosa, y desconfolada Señora, sin entràr en cuenta de lo que Don Quixote pedìa, y sin preguntàr, quien Dulcinea fuèffe, le pro-

prometiò, que el Escudero haria todo aquello que de su parte le fuèsse mandado. Pues en fè de essa palabra yo no le harè mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

## C A P I T U L O X.

*Del discurso que tuvo Don Quixote con su buen Escudero Sancho Pança.*

**Y**A en este tiempo se avia levantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los Frayles, y avia estado atento à la batalla de su Señor Don Quixote, y rogava à Dios en su coraçon, fuèsse servido de darle victòria, y que en ella ganasse alguna Infula de donde le hizièsse Governador, como se lo avia prometido. Viendo, pues, acabada la pendencia, y que su Amo bolvia à subir sobre Rozinante, llegò à tenerle el estribo; y antes que subièsse, se hincò de rodillas delante del, y asiendole de la mano, se la besò y le dixo: Sèa vuestra Merced servido, Señor Don Quixote mio, de darme el Gobierno de la Infula, que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sèa, yo me siento con fuerças de saberla governar tal y tan bien, como otro que aya governado Infulas en el mundo. A lo qual respondiò Don Quixote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las à esta semejantes, no son aventuras de Infulas, sino de encruzijadas, en las cuales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeça, ò una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofreceràn, donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciòselo mucho Sancho, y besandole otra vez  
la



*In: Vanderbank invt et Delin  
Vol: 3 - P: 70*

*Ger: VanderGucht sculp.*





la mano, y la falda de la loriga, le ayudò à subir sobre Rozinante, y començò à seguir à su Señor, que à passo tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entrò por un bosque, que alli junto estava. Seguiale Sancho à todo el trote de su jumento, pero caminava tanto Rozinante, que, viendose quedar atras, le fue forçoso dar voces à su Amo, que le aguardasse. Hizolo assi Don Quixote, teniendo las riendas à Rozinante hasta que llegasse su Canfado Escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme, Señor, que seria acertado irnos à retraer à alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no ferà mucho, que den noticia del caso à la Santa Hermandad, y nos prendan; y à fe que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos hà de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has visto tu, ò leydo jamas, que Cavallero andante aya sido puestto ante la Justicia por mas homicidios que huviesse cometido? Yo no sè nada de Omecillos, respondiò Sancho, ni en mi vida le catè à ninguno: Solo sè, que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelèan en el campo, y en essotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo Sancho, respondiò Don Quixote, que yo te facarè de las manos de los Caldèos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso Cavallero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en Historias otro que tenga ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondiò Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni sè leer, ni escribir; mas lo que osarè apostar

tar

târ es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo nõ le he servido en todos los dias de mi vida; y quièra Dios que estos atrevimiètos no se pàguen donde tengo dicho. Lo que le ruego à vuestra merced es, que se cure, que le vâ mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo esso fuèra bien escusado, respondiò Don Quixote, si à mi se me acordàra de hazèr una redòma del bàlsamo de Fierabràs, que con sola una gota se ahorrarian tiempo, y medicinas. Que redòma, y que bàlsamo es esse? Dixo Sancho Pança. Es un bàlsamo, respondiò Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tenèr tèmor à la muerte, ni ày pensàr morir de ferida alguna: Y assi quando yo le haga, y te le dè, no tienes mas que hazèr, fino, que quando vières, que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes fuele acontecèr) tomàr bonitamènte la parte del cuerpo que huvière caydo en el suelo, y con mucha futiliza, antes que la sangre se yele, la pondràs sobre la otra mitad que quedàre en la filla, advirtièndo de encaxàrla igualmente, y al justo. Luego me daràs à bebèr sòlos dos tragos del bàlsamo que he dicho, y veràsme quedar mas sano que una mançana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio desde aqui el Gobierno de la prometida Infula, y no quièro otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, fino que vuestra merced me dè la receta de esse estremado licòr, que para mi tengo, que valdrà la onça adonde quièra, mas de à dos reales, y no he menestèr yo mas para passàr esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de

tres

tres reales se pueden hazer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues à que aguarda vuestra Merced à hazelle, y à enseñarmele? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte; y por aora curèmonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quifiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y unguento: Mas quando Don Quixote llegò à ver rota su zelada, pensò perder el juicio; y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al Cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los quatro Santos Evangelios, donde mas largamente estàn escritos, de hazer la vida que hizo el Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su Sobrino Valdovinos, que fue, de no comer pan à mantèles, ni con su Muger folgàr; y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vengança del que tal defaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Advierta vuestra merced, Señor Don Quixote, que si el Cavallero cumplió lo que se le dexò ordenado, de irse à presentar ante mi Señora Dulcinea del Toboso, ya avrà cumplido con lo que devìa, y no merece otra pena, sino comete nuevo delito. Has hablado, y apuntado muy bien, respondió Don Quixote, y assi anulo el juramento en quanto à lo que toca tomar del nueva vengança; pero hàgole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta, à algun Cavallero. Y no pienses Sancho, que, assi à humo de pajas, hago esto, que bien tengo à quien imitar en ello, que esto mesmo passò àl piè

T O M. I.

L

de



de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò à Sacripante. Que dè al Diablo vuestra Merced tales juramentos, Señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuizio de la conciencia. Si no digame aora, si à caso en muchos dias no topàmos hombre armado con zelada, que hemos de hazer? Hase de cumplir el juramento à despecho de tantos inconvenientes, è incomodidades, como ferà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra Merced quiere revalidar aora? Mire vuestra Merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traen zeladas, pero quiçà no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esto, dixo Don Quixote, porque no avrèmos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veàmos mas armados, que los que vinièron sobre Albraca à la conquista de Angelica la bella. Alto, pues; sea assi, dixo Sancho; y à Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Infula que tan cara me cuesta, y muèrame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, replicò Don Quixote, que no te dè esto Cuydado alguno, que quando faltàre Infula, ay està el Reyno de Dinamarca, ò el de Sobradisa, que te vendrà, como anillo al dedo; y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexèmos esto para su tiempo, y mira si traes algo en estas alforjas, que comàmos, porque vamos luego en busca de algun Castillo donde aloxèmos esta noche, y hagàmos el bálamo, que te he dicho, porque yo te voto à Dios, que me  
va

va doliendo mucho la oreja. Aqui traygo una cebolla, y un poco de queso, y no sè quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen à tan valiente Cavallero como vuestra Merced. Que mal lo entiendes, respondiò Don Quixote: Hàgote saber, Sancho, que es honra de los Cavalleros andantes no comer en un mes, y yà que coman, sea de aquello que hallàren mas à mano; y esto se te hiziera cierto, si huvièras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion, de que los Cavalleros andantes comiesen fino era à caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passavan en flores: Y aunque se dexa entender, que no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, ha se de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que, Sancho amigo, no te congoje lo que à mi me dà gusto, ni quieras tu hazer mundo nuevo, ni sacar la cavalleria andante de sus quicios. Perdoneme vuestra Merced, dixo Sancho, que como yo no sè leer, ni escribir, como otra vez he dicho, no sè, ni he caydo en las reglas de la profesion cavalleresca; y de aqui adelante yo proveerè las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra Merced, que es Cavallero, y para mi las proveerè, pues no lo soy, de otras cosas volatiles, y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò Don Quixote, que sea forçoso à los Cavalleros andantes no comer otra cosa sino essas frutas, que dizes, sino que su mas ordinario susten-



to devìa de fer dellas, y de algunas yervas, que hallavan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondiò Sancho, conocer effas yervas, que, segun yo me voy imaginando, algun dia ferà menester usar de effe conocimiento. Y facando en esto lo que dixo que trayà, comieron los dos en buena paz y compañia. Pero desseosos de buscar, donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego à cavallo, y dieronse priessa por llegar à poblado antes que anocheçiese, pero faltòles el Sol, y la esperança de alcançar lo que desseavan junto à unas choças de unos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: Que quanto fuè de pesadumbre para Sancho no llegar à poblado, fuè de contento para su Amo dormirla al Cielo descubierta, por parecerle, que cada vez que esto le sucedia, era hazer un acto possessivo, que facilitava la prueba de su Cavalleria.

## CAPITULO XI.

*De lo que le sucediò à Don Quixote con unos Cabreros.*

**F**UE recogido de los cabreros con buen animo, y aviendo Sancho acomodado, lo mejor que pudo, à Rozinante, y à su jumento, se fuè tras el olòr, que despedian de si ciertos tassajos de cabra, que, hirviendo al fuego, en un caldero estavan; y aunque el quisiera en aquel mesmo punto ver, si estavan en fazon de trasladarlos del caldero al estòmagò, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el fuelo unas pieles de ovejas, adereçaron con mucha priessa su rustica mesa, y comidaron

bidaron à los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentàronse à la redonda de las pieles feys dellos, que eran los que en la majada avia, aviendo primero con grosseras ceremonias rogado à Don Quixote, que se sentasse sobre un dornàjo, que buelto del revès le pusièron. Sentòse Don Quixote, y quedàvasse Sancho en piè para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Vièndole en piè fu Amo, le dixo: Porque veas, Sancho, el bien que en si encierra la andante Cavalleria, y quan à pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente à ser honrados y estimados del mundo, quiero que aqui à mi lado, y en compañia desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa con migo, que soy tu Amo, y natural Señor, que comas en mi plato, y bevas por donde yo bevière; porque de la Cavalleria andante se puede dezir lo mesmo, que del Amor se dize, que todas las cosas iguala. Gran merced dixo Sancho, pero sè dezir à vuestra Merced, que como yo tuviesse bien que comer, tan bien, y mejor me lo comeria en piè, y à mis solas, como sentado à par de un Emperador: Y aun si vè à dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forçoso mascar de espacio, beber poco, limpiarme amenudo, no estornudar, ni toser, si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo: Assi que, Señor mio, estas honras que vuestra Merced quiere darme por ser ministro, y aderente de la Cavalleria andante, como lo foy, siendo Escudero de vuestra Merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo.

do, y provecho; que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esto te has de sentar, porque à quien se humilla, Dios le enfalça; y asiendole por el brazo, le forçò à que junto à el se sentasse. No entendian los Cabreros aquella gerigonça de Escuderos, y de Cavalleros andantes, y no hazian otra cosa que comer, y callar, y mirar à sus huespedes, que con mucho donayre, y gana embaulavan tassajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre la zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro, que si fuera hecho de argamassa. No estava en esto ocioso el cuerno, porque andava à la redonda tan amenudo (ya lleno, ya vazio como arcaduz de nõria) que con facilidad vazio un zaque de dos, que estavan de manifesto. Despues que Don Quixote huvò bien satisfecho su estòmago, tomò un puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, soltò la voz à semejantes razones.

DICHOSA Edad, y Siglos dichosos aquellos à quien los Antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa fin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoravan estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella fanta Edad todas las cosas comunes; à nadie le era necessario, para alcançar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estavan combidando con su dulce, y fazonado fruto: Las claras fuentes, y corrientes rios en magnifica abundancia fabrosas,



*Jn.º Vanderbank inv.º et Delin.º*  
*Vol. 1. p. 78.*

*Ger Vandergucht Sculp. 8*





brofas, y transparentes aguas les ofrecian : En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles formavan su Republica las folicitas, y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano sin interes alguno la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo: Los valientes alcornòques despedian de si, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas, y livianas cortezas con que començaron à cubrir las casas, sobre rusticas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del Cielo. Todo era Paz entonces, todo Amistad, todo Concordia. Aun no se avia atrevido la pesada reja del corbo arado à abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forçada, ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno lo que pudieffe hartar, sustentat, y deleytar à los hijos, que entonces la posseyan. Entonces si, que andavan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otèro en otèro en trença, y en cabello sin mas vestidos de aquellos, que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que aora se usan, à quien la pùrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, fino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra entretexidas, con lo que, quiça, ivan tan pomposas, y compuestas, como van aora nuestras cortesanas con las raras, y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoravan los conceptos amorosos del alma simple, y sencillamente del mesmo modo, y manera, que ella los concebìa, sin buscar artificiofo rodèo de palabras para encarecerlos. No avia la fraude, el engaño, ni la malicia mezclàdose con la verdad y llaneza.



za. La Justicia se estava en sus propios terminos, sin que la ofassèn turbar, ni ofender los del favor, y los del interese, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaje aun no se avia sentado en el entendimiento del Juez, porque entonces no avia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las donzellas, y la honestidad andavan, como tengo dicho, por donde quiera solas y Señoras, sin temor que la agena desemboltura, y lascivo intento las menoscabassen; y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad: Y aora en estos nuestros detestables siglos no està segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque alli por los resquicios ò por el ayre con el zelo de la maldita sollicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al trafte: Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los Cavalleros andantes, para defender las Donzellas, amparar las Viudas, y socorrer à los Huerfanos, y à los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, à quien agradezco el agasajo, y buen acogimiento, que hazeys à mi, y à mi Escudero: Que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados à favorecer à los Cavalleros andantes, toda via por saber, que, sin saber vosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes, es razon que con la voluntad à mi possible os agradezca la vuestra.

TODA esta larga arenga (que se pudièra muy bien escufar) dixo nuestro Cavallero, porque las bellotas, que le dieron, le truxeron à la memoria la edad dorada; y antojòsele hazer aquel inutil razonamiento à los cabreros, que sin respon-

respondelle palabra embobados, y suspenfos le estuvièron escuchando. Sancho assi mesmo callava, y comia bellotas, y visitava muy amenudo el segundo zaque, que, porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de un alcornoque.

MAS tardò en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena, al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra Merced dezir, Señor Cavallero andante, que le agassajamos con pronta y buena voluntad, querèmos darle solàz, y contento con hazer que cante un compañero nuestro, que no tardarà mucho en estar aqui, el qual es un zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leèr, y escrivir, y es musico de un rabèl, que no ày mas que desffear. Apenas avia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò à sus oydos el son del rabèl, y de alli à poco llegò el que le tañia, que era un moço de hasta veynte y dos años de muy buena gràcia. Preguntaronle sus compañeros, si avia cenado? y respondiendò que si; el que avia hecho los ofrecimientos le dixo: De essa manera, Antonio, bien podràs hazèrnos plazer de cantar un poco, porque vea este Señor huesped, que tambien en los montes y selvas ày, quien sepa de musica. Hèmosle dicho tus buenas habilidades, y desfeamos que las muestres, y nos saques verdaderos; y assi te ruego por tu vida, que te fientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu Tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondiò el moço; y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de una desmochada enzina, y templando su rabèl, de alli à poco con muy buena gràcia començò à cantar, diziendo desta manera.

T O M. I.

M

A N-



## A N T O N I O.

Yo sè, Olalla, que me adoras,  
Puesto que no me lo has dicho,  
Ni aun con los ojos, si quiera,  
Mudas lenguas de amorios.

Porque sè que eres sabida,  
En que me quieres me afirmo,  
Que nunca fuè desdichado  
Amor que fuè conocido.

Bien es verdad, que tal vez,  
Olalla, me has dado indicio,  
Que tienes de bronce el alma,  
Y el blanco pecho de risco.

Mas alla entre tus reproches,  
Y honestissimos desvios,  
Tal vez la esperança muestra,  
La orilla de su vestido.

Abalànçase al señoelo  
Mi fè, que nunca ha podido  
Ni menguar por no llamado,  
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesia,  
De la que tienes colijo,  
Que el fin de mis esperanças  
Ha de ser qual imagino.

Y si servicios son parte  
De hazer un pecho benigno,  
Algunos de los que he hecho

Forta-

Fortalecen mi partido :

Porque si has mirado en ello,  
Mas de una vez avràs visto,  
Que me he vestido en los Lunes  
Lo que me honrava el Domingo.

Como el amor, y la gala  
Andan un mesmo camino,  
En todo tiempo à tus ojos  
Quise mostrarme polido.

Dèxo el baylar por tu causa,  
Ni las muficas te pinto,  
Que has escuchado à deshoras,  
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanças  
Que de tu belleza he dicho,  
Que, aunque verdaderas, hazen  
Ser yo de algunas mal quisto.

Terèsa del Berrocal,  
Yo alabandote, me dixo,  
Tal piensa que adora un Angel,  
Y viene à adorar un Ximio.

Merced à los muchos dïxes,  
Y à los cabellos postizos,  
Y à hipòcritas hermosuras  
Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojòse ;  
Bolviò por ella su Primo ;  
Desafiòme, y yà sabes  
Lo que yo hize, y el hizo.

M 2

No



No te quiero yo à monton,  
 Ni te pretendo, y te firvo  
 Por lo de barraganìa,  
 Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,  
 Que son lazadas de firgo,  
 Pon tu cuello en la gamella,  
 Veràs como pongo el mio.

Donde no desde aqui juro,  
 Por el Santo mas bendito,  
 De no falir destas fierras  
 Sino para Capuchino.

Con esto diò el cabrero fin à su canto; y aunque Don Quixote le rogò, que algo mas cantasse, no lo consintió Sancho Pança, porque estàva mas para dormir que para oyr canciones; y assi dixo à su Amo: Bien puede vuestra Merced acomodarse desde luego à donde hà de posar esta noche, que el trabajo, que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Yà te entiendo, Sancho, le respondiò Don Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de fueño que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondiò Sancho. No lo niego, replicò Don Quixote; pero acomòdate tu donde quisières, que los de mi profession mejor parecen velando, que durmiendo. Pero con todo esto feria bien, Sancho, que me buelvas à curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandava; y viendo uno de los cabre-

cabreros la herida, le dixo, que no tuvièffe pena, que el pondria remedio con que facilmente se sanasse: Y tomando algunas ojas de romero, del mucho que por alli avia, las mascò, y las mezclò con un poco de sal, y aplicandofelas à la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, que no avia menester otra medicina, y assi fuè la verdad.

## CAPITULO XII.

*De lo que contò un cabrero à los que estavan con Don Quixote.*

**E**STANDO en esto, llegò otro moço de los que les trayan del aldea el bastimento, y dixo: Sabey's lo que passa en el lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondiò uno dellos. Pues sabed, prosiguiò el moço, que muriò esta mañana aquel famoso Pastor estudiante llamado Grisòtomo, y se murmura, que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por effos andurriales. Por Marcela diràs, dixo uno. Por essa digo, respondiò el cabrero; y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al piè de la peña donde està la fuente del alcornoque; porque, segun es fama, y èl, dicen, que lo dixo, aquel lugar es à donde èl, la viò la vez primera: Y tambien mandò otras cosas tales, que los Abàdes del pueblo dicen, que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan porque parecen de Gentiles. A todo lo qual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vis-  
tiò

tío de pastor con él, que se hà de cumplir todo sin saltar nada, como lo dexò mandado Grisòstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado: Mas à lo que se dize, en fin se harà lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le viènen à enterrar con gran pompa donde tengo dicho: Y tengo para mi que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarè de ir à verla, si supiesse no bolver mañana al lugar. Todos harèmos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echarèmos fuertes à quien hà de quedar à guardar las cabras de todos. Bien dizes, Pedro, dixo el otro, aunque no ferà menester usàr de essa diligencia, que yo me quedarè por todos, y no lo atribuyas à virtud, y à poca curiosidad mia, fino à que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me passò este piè. Con todo esso te lo agradecèmos, respondiò Pedro: Y Don Quixote rogò à Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y que pastora aquella? A lo qual Pedro respondiò, que lo que sabìa era, que el muerto era un Hidalgo rico, vezino de un lugar que estàva en aquellas fierras, el qual avìa sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales avìa buuelto à su lugar con opinion de muy sàbio y muy leydo. Principalmente dezian, que sabìa la Ciencia de las estrellas, y de lo que passan allà en el Cielo el Sol, y la Luna; porque puntualmente nos dezìa el Cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse effos dos Luminares mayores, dixo Don Quixote: Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguiò su cuento diziendo: Assi mesmo adevinàva, quando avìa de ser el año abundante, ò estil. Estèril quereys dezir, amigo, dixo Don Quixote. Estèril, ò estil,

estil, respondiò Pedro, todo se fale allà : Y digo, que con esto que dezìa, se hizieron sus Padres y sus amigos (que le davan credito) muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaba, diziendoles : Sembrad este año cevada, no trigo : En este podeys sembrar garvanços, y no cevada : El que viene ferà de guilla de azeyte : Los tres siguientes no se cogerà gota. Esta Ciencia se llama, *Astrologia*, dixo Don Quixote. No sè yo como se llama, replicò Pedro, mas sè, que todo esto sabìa, y aun mas. Finalmente no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un dia remaneciò vestido de Pastor con su cayado, y pellico, aviendo se quitado los habitos largos, que como Escolar traya ; y juntamente se vistiò con el de Pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que avia sido su compañero en los estudios. Olvidàvaseme de dezir, como Grisòtomo el difunto fuè grande hombre de componer coplas tanto, que el hazia los Villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los Autos para el dia de Dios, que los representavan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improvifo vestidos de pastores a los dos Escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa, que les avia movido à hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el Padre de Grisòtomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, anfi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de dineros, de todo lo qual quedò el moço Señor desoluto ; y en verdad que todo lo merecìa, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenìa una cara como una benedicion. Despues se vi-

no

no à entender, que el averse mudado de trage no avia fido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados empòs de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò de nantes, de la qual se avia enamorado el pobre difunto de Grisòtomo. Y quiero dezir aora (porque es bien que lo sepays) quien es esta rapaza; quiça, y aun fin quiça, no avreys oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivays mas años que Sarra. Dezid Sarra, replicò Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la farna, respondiò Pedro, y si es, Señor, que me aveys de andar çaheriendo à cada passio los vocablos, no acabarèmos en un año. Perdonadme, amigo, dixo Don Quixote, que por aver tanta diferencia de farna à Sarra, os lo dixè; pero vos respondisteys muy bien, porque vive mas farna, que Sarra; y profeguid vuestra historia, que no os replicarè mas en nada. Digo, pues, Señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aun mas rico que el Padre de Grisòtomo, el qual se llamava Guillermo, y al qual diò Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su Madre, que fuè la mas honrada muger, que hubo en todos estos contornos. No parece fino que aora la veo con aquella cara, que del un lado tenia el Sol, y del otro la Luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres; por lo que creo, que deve de estar su anima à la hora de aora gozando de Dios en el otro mundo. De pefar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando à su hija Marcela muchacha, y rica en poder de un Tio fuyò Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Creciò la niña con  
tanta

tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su Madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgava, que le avia de passar la de la hija: Y assi fue; que quando llegò à edad de catorze à quinze años, nadie la mirava, que no benedia à Dios, que tan hermosa la avia criado, y los mas quedavan enamorados, y perdidos por ella. Guardàvala su Tio con mucho recato, y con mucho encerramiento, pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se estendiò de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solo de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores dellos era rogado, sollicitado, è importunado su Tio, se la dieffe por muger: Mas el (que à las derechas es buen Christiano) aunque quifiera casarla luego assi como la viò de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo à la ganancia, y grangeria que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y à fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabança del buen Sacerdote; que quiero que sepa, Señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: Y tened para vos, como yo tengo para mi, que devia de ser demasiadamente bueno el Clerigo, que obliga à sus feligreses à que digan bien del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo Don Quixote; y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contays con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caso: Y en lo demas fabrèys, que aunque el Tio proponia à la Sobrina, y le dezia las calidades de cada uno en particular de los muchos, que por muger la pedian, rogandole que se ca-

T o m. I.

N

fasse,



fasse, y escogièsse à su guſto, jamas ella respondiò otra cosa, fino que por entonces no querìa casarse, y que por ser muy muchacha no se sentìa muy hàbil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que dava, al parecer, justas escusas, dexàva el Tio de importunarla, y esperàva à que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compaõia à su guſto: Porque dezìa èl, y dezìa muy bien, que no avian de dar los Padres à sus hijos estado contra su Voluntad. Pero, hètelo aqui, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha Pastora, y sin ser parte su Tio, ni todos los del pueblo que se lo defaconsejavan, diò en irse al campo con las demas çagalas del lugar, y diò en guardar su mesmo ganado: Y assi como ella saliò en publico, y su hermosura se viò al descubierto, no os fabrè buenamente dezir quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores han tomado el traje de Grisòtomo, y la andan requebràndo por esos campos; Uno de los quales, como yà està dicho, fuè nuestro difunto, del qual dezian, que la dexàva de querer, y la adoràva: Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, ò ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejias, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: Antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la firven y folicitan, ninguno se hà alabado, ni con verdad se podrà alabar, que le aya dado alguna pequena esperança de alcançar su desseo: Que puesto que no huye, ni se esquivà de la compaõia y conversacion de los pastores, y los trata cortès y amigablemente, en llegando à descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea

sea tan justa y fanta como la del Matrimonio, los arroja de si como con un trabùco: Y con esta manera de condicion haze mas daño en esta tierra, que si por ella entràra la pestilencia; porque su afabilidad, y hermosura atràe los corazones de los que la tratan, à servirla, y à amarla; pero su desdèn y desengaño los conduze à terminos de desesperarse: Y assi no saben que dezirle, fino llamarla à voces, cruel, y desagradecida, con otros titulos à este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan; y si aquí estuvièssedes, Señor, algun dia, verìades resonar estas sierras, y estos valles con los lamèntos de los desengañados que la figuen. No està muy lexos de aquí un sitio donde ày casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza no tenga gravado, y escrito el nombre de Marcela; y en cima de alguna una corona gravada en el mesmo arbol, como si mas claramènte dixèra su Amante, que Marcela la lleva, y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, alli se quexa otro, acullà se oyen amorosas canciònes, acà desesperadas endechas: Qual ày que passa todas las horas de la noche sentado al piè de alguna enzina, ò peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embevecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el Sol à la mañana: Y qual ay que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa fiesta del verano, tendido sobre la ardiente arena embìa sus quexas al piadoso Cielo: Y deste, y de aquel, y de aquellos, y destes, libre, y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocèmos, estàmos esperando, en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha



de venir à domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy à entender, que tambien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezìa, de la causa de la muerte de Grisòstomo: Y assi os aconsejo, Señor, que no dexeys de hallàros mañana à su entierro, que serà muy de ver, porque Grisòstomo tenìa muchos amigos, y no està deste lugar a aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradèzcoos el gusto, que me avèys dado con la narracion de tan fabroso cuento. O! replicò el cabrero, aun no sè yo la mitad de los casos sucedidos à los Amantes de Marcela, mas podria ser, que mañana topàssèmos en el camino algun pastor, que nos los dixèsse: Y por aora bien serà, que os vays à dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ày que temer de contrario accidente. Sancho Pança, que ya dava al diablo el tanto hablar del cabrero, sollicitò por su parte, que su Amo se entràsse à dormir en la choça de Pedro. Hizòlo assi, y todo lo mas de la noche se le pasò en memorias de su Señora Dulcinea à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmiò no como enamorado desfavorècido, sino como hombre molido à cozes.

## CAPITULO XIII.

*Donde se dà fin al cuento de la Pastora Marcela con otros  
Sucessos.*

**M**AS à penas començò à descubrirse el dia por los balcones del Oriente, quando los cinco de los seys Cabreros se levantaron, y fueron à despertar à Don Quixote, y à dezille, si estàva toda via con proposito de ir à ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compaña. Don Quixote, que otra cosa no desseàva, se levantò, y mandò à Sancho, que enfillasse, y enalbardasse al momento, lo qual èl hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusièron todos en camino: Y no huvièron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hàzia ellos, seys pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de Cyprès, y de amarga adelfa. Traya cada uno un grueso baston de azèbo en la mano. Venian con ellos assi mesmo dos Gentiles hombres de à cavallo, muy bien adereçados de camino, con otros tres moços de à piè que los acompañavan. En llegandose à juntar, se saludaron cortesmente, y preguntandose los unos à los otros, donde ivan? Supièron que todos se encaminavan al lugar del entierro, y assi començaron à caminar todos juntos.

UNO de los de à cavallo, hablando con su compañero, le dixo: Parèceme, Señor Vivaldo, que avèmos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podrà dexar de ser famoso, segun estos pastores

tores nos han contado estrañezas, assi del muerto Pastor, como de la Pastora homicida. Assi me lo parece à mi, respondió Vivaldo; y no digo yo hazer tardança de un dia, pero de quatro la hiziera à trueco de verle. Preguntòles Don Quixote, que era lo que avian oydo de Marcela y de Grisòstomo. El Caminante dixo, que aquella madrugada avian encontrado con aquellos pastores, y que por averles visto en aquel tan triste traje, les avian preguntado la ocasion porque ivan de aquella manera; que uno dellos se lo contò, contando la estrañeza, y hermosura de una Pastora, llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestavan, con la muerte de aquel Grisòstomo, à cuyo entierro ivan. Finalmente èl contò todo lo que Pedro à Don Quixote avia contado.

Cessò esta plàtica, y començòse otra, preguntando el que se llamàva Vivaldo, a Don Quixote, que era la ocasion, que le movia à andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica? A lo qual respondió Don Quixote: La Profesion de mi exercicio no consiente, ni permite, que yo ande de otra manera. El buen passò, el regalo, y el reposo allà se inventò para los blandos Cortefanos; mas el trabajo, la inquietud, y las armas solo se inventaron, è hizieron para aquellos, que el mundo llama Cavalleros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. A penas le oyèron esto, quando todos le tuvièron por loco; y por averiguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornò à preguntar Vivaldo: Que queria dezir Cavalleros andantes? No han vuestras Mercedes leydo, respondió Don Quixote, los Anàles, è Historias de Ingalaterra, donde se tra-

tan

tan las famosas hazañas del Rey Arturo, que continuamènte en nuestro Romance castellano llamàmos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de bolver à reynar, y à cobràr su Reyno y Cetro; à cuya causa no se provarà, que desde aquel tiempo à este aya ningun Inglès muerto cuervo alguno. Pues en tiempo de este buen Rey fuè instituýda aquella famosa Orden de cavallería de los Cavalleros de la Tabla redonda, y pasàron, sin faltàr un punto, los amòres que alli se cuentan de Don Lançarote de Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora aquella tan honrada Dueña Quintañoa, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de: *Nunca fuèra Cavallero de Damas tan bien servido, como fuèra Lançarote quando de Bretaña vino*: Con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fuè aquella Orden de cavallería estendiéndose, y dilatándose por muchas, y diversas partes del mundo; y en ella fuèron famosos y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos, y nietos hasta la quinta generacion; y el valeroso Felixmarte de Hircania; y el nunca como se deve alabado Tirante el Blanco: Y casi que en nuestros dias vimos, y comunicàmos, y oýmos al invencible, y valeroso Cavallero Don Belianis de Grecia. Esto, pues, Señores, es sèr Cavallero andante, y la que he dicho, es la Orden de su Cavalleria, en la qual (como otra vez he dicho) yo, aunque pecador, he hecho profession, y lo mismo

mo que profesàron los Cavalleros referidos, professò yo; y assi me vòy por estas soledades, y despoblados buscàndo las aventuras con animo deliberado de ofrecèr mi braço, y mi persona à la mas peligrosa que la fuerte me deparàre en ayuda de los flacos, y menesterosos.

POR estas razones que dixo, acabàron de enteràrse los Caminantes, que era Don Quixote salto de juyzio, y del genero de locura que lo señoreàva, de lo qual recibieron la misma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo (que era persona muy discreta, y de alegre condicion) por passar sin pesadumbre el poco camino, que dezian, que les faltava para llegar à la Sierra del entierro, quiso darle ocasion à que passàse mas adelante con sus disparates; y assi le dixo: Parèceme, Señor Cavallero andante, que vuestra Merced à professado una de las mas estrechas profesiones, que ày en la tierra; y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartùxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podìa sèr, respondiò nuestro Don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estòy en dos dedos de ponello en duda; porque si và à dezir verdad, no haze menos el Soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordèna. Quièro dezir, que los Religiosos con toda paz, y sosiego piden al Cielo el bien de la tierra; pero los Soldados, y Cavalleros ponèmos en execucion lo que ellos piden, defendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas, no debaxo de cubierta, sino al Cielo abierto, puestos por blanco de los infufribles rayos del Sol en Verano, y de los erizados yelos del Invierno: Assi que

que fomos Ministros de Dios en la tierra, y Braços por quien se executa en ella su Justicia. Y como las cosas de la guerra, y las à ella tocantes, y concernientes no se pueden poner en execucion fino sudando, afanando, y trabajando; siquiesse, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en fofsegada paz, y reposo estan rogando à Dios, favorezca à los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por el pensamiento, que es tan buen estado el de Cavallero andante, como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso; porque no ày duda fino que los Cavalleros andantes passados, passaron mucha malaventura en el discurso de su vida: Y si algunos subieron à fer Emperadores por el valor de su braço, à fe que les costò buen porque de su sangre y de su sudor: Y que si à los que à tal grado subieron, les faltaran encantadores, y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante, pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los Cavalleros andantes, y es: Que quando se veen en ocasion de acometer una grande, y peligrosa aventura, en que se veè manifesto peligro de perder la vida, nunca, en aquel instante de acometella, se acuerdan de encomendarse à Dios, como cada Christiano està obligado à hazer en peligros semejantes; antes se encomiendan à sus Damas con tanta gana, y devocion, como si ellas fueran su Dios: Cosa que me parece, que huele algo à Gentilidad. Señor respondiò Don

T O M. I.

O

Qui-



Quixote, effo no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el Cavallero andante, que otra cosa hiziesse; que ya està en uso, y costumbre en la Cavalleria andantesca, que el Cavallero andante, que al acometer algun gran fecho de armas, tuviesse su Señora delante, buelva à ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca, y ampare en el dudoso trance, que acomete: Y aun si nadie le oye, està obligado à dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende; y desto tenèmos innumerables exemplos en las historias. Y no se hà de entender por esto, que han de dexar de encomendarse à Dios; que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo effo, replicò el caminante, me queda un escrupulo, y es, que muchas vezes hè leydo, que se travan palabras entre dos andantes Cavalleros, y de una en otra se les viene à encender la còlera, y à bolver los cavallos, y à tomar una buena pieça del campo, y luego sin mas ni mas, à todo el correr dellos, se buelven à encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan à sus Damas; y lo que fuele suceder del encuentro es, que el uno càe por las ancas del cavallo, passado con la lança del contrario de parte à parte; y al otro le aviene tambien, que à no tenerse à las crines del fuyo, no pudiese dexar de venir al suelo: Y no sè yo como el muerto tuvo lugar para encomendarse à Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuèra, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose à su Dama, las gastara en lo que devia, y estava obligado como Christiano: Quanto mas que yo tengo para mi, que no todos los Cavalleros andantes

tes

tes tienen Damas à quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eſſo no puede fer, respondiò Don Quixote: Digo, que no puede fer, que aya Cavallero andante ſin Dama; porque tan proprio, y tan natural les es à los tales fer enamorados, como al cielo tener eſtrellas: Y à buen ſeguro que no ſe aya viſto hiſtoria, donde ſe halle Cavallero andante ſin amores; y por el meſmo caſo que eſtuviaſſe ſin ellos, no ſerìa tenido por legitimo Cavallero, ſino por baſtardo, y que entrò en la fortaleza de la Cavalleria dicha, no por la puerta, ſino por las bardas, como ſalteador, y ladrón. Con todo eſſo, dixo el caminante, me parece, ſi mal no me acuèrdo, aver leydo, que Don Galaor, Hermano del valeroſo Amadis de Gaula, nunca tuvo Dama ſeñalada à quien pudieſſe encomendarse; y con todo eſſo no fuè tenido en menos, y fuè un muy valiente, y famoſo Cavallero. A lo qual respondiò nueſtro Don Quixote: Señor una golondrina ſola no haze Veràno: Quanto mas que yo ſè, que de ſecreto eſtàva eſſe Cavallero muy bien enamorado: Fuèra que aquello de querer à todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural à quien no podia ir à la mano. Pero en reſolucion averiguado eſtà muy bien, que èl tenia una ſola, à quien èl avia hecho Señora de ſu voluntad, à la qual ſe encomendava muy à menudo, y muy ſecretamente, porque ſe preciò de ſecreto Cavallero. Luego ſi es de eſſencia, que todo Cavallero andante aya de fer enamorado, dixo el caminante, bien ſe puede creèr, que vueſtra Merced lo es, pues es de la profeſſion. Y ſi es que vueſtra Merced no ſe precia de fer tan ſecreto como Don Galaor, con las veras que puedo, le ſuplico en nombre de toda eſta compaña, y



en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su Dama ; que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa, que es querida, y servida de un tal Cavallero como vuestra Merced parece. Aquì diò un gran suspiro Don Quixote y dixo: Yo no podrè afirmar, si la dulce mi Enemiga gusta ò no, de que el mundo sepa que yo la sirvo ; solo sè dezir (respondièndo à lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea ; su patria el Toboso un lugar de la Mancha ; su calidad, por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna y Señora mia ; su hermosura sobre humana, pues en ella se vienen à hazer verdaderos todos los impossibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan à sus Damas: Que sus cabellos son de oro, su frente campos Eliseos, sus cejas Arcos del cielo, sus ojos Soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, Alabastro su Cuello, Marmol su Pecho, Marfil sus Manos, su Blancura Nieve ; y las partes, que à la vista humana encubriò la honestidad, son tales (segun yo pienso, y entiendo) que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El Linage, Prosapia, y Alcurnia querriamos saber, replicò Vivaldo. Alo qual, respondiò Don Quixote : No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos ; ni de los modernos Colonas, y Ursinos ; ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña ; ni menos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia ; Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Correllas, Lunas, Alagones, Urrèas, Fozes, y Gurreas de Aragon ; Cerdas, Manriquez, Mendoças, y Guzmanes de Castilla ; Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal ; pero es de los del Toboso de la Mancha : Linage, aunque moderno,  
tal,

tal, que puede dar generoso Principio à las mas illustres familias de los venideros figlos: Y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones, que puso Cerbino al piè del trofeo de las armas de Rolando, que dezia: *Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan à prueva.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondiò el caminante, no le osarè yo poner con el del Toboso de la Mancha: Puesto que para dezir verdad, semejante Apellido hasta aora no hà llegado à mis oydos. Como esso no avrà llegado, replicò Don Quixote.

CON grande atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos; y aun hasta los mesmos cabreros, y pastores conocièron la demasiada falta de juyzio de nuestro Don Quixote: Solo Sancho Pança pensava, que quanto su Amo dezia era verdad, sabiendo èl quien era, y aviendole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudava algo era, en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre, ni tal Princesa, avia jamàs llegado à su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso.

EN estas pláticas iban, quando vièron que por la quiebra, que dos altas montañas hazian, baxavan hasta veynte Pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que à lo que despues pareciò, eran qual de Texo, y qual de Cypres. Entre seys dellos trayan unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen son los que traen el Cuerpo de Grisostomo, y el piè de aquella montaña es el lugar donde èl mandò que le enterrasien. Por esto se dieròn prieffa à llegar,

y



y fuè à tiempo, que yà los que venian, avian puesto las andas en el fuelo; y quatro dellos con agudos picos estàvan cabando la sepultura à un lado de una dura peña. Recibièronse los unos y los otros cortesmente; y luego Don Quixote, y los que con el venian se pusièron à mirar las andas, y en ellas vièron cubièrto de flores un cuerpo muerto, y vestido como Pastor, de edad, al parecer, de treynta años; y aunque muerto mostràva, que, vivo, avia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor dèl, tenia en las mesmas andas algunos Libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto miràvan como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli avia, guardavan un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto truxèron, dixo à otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar, que Grisòstomo dixo, yà que quereys que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento? Este es, respondiò Ambrosio, que muchas vezes en èl me contò mi desdichado Amigo la historia de su desventura. Alli me dixo èl, que viò la vez primera à aquella enemiga mortal del Linage humano; y alli fuè tambien, donde la primera vez le declarò su pensamiento tan honesto como enamorado; y alli fuè la ultima vez, donde Marcela le acabò de defengañar, y desdeñar de suerte, que puso fin à la Tragèdia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tantas desdichas, quiso èl, que le depositassen en las entrañas del eterno Olvido.

Y bolvièndose à Don Quixote y à los caminantes, profiguiò diziendo: Este cuerpo, Señores, que con piadosos ojos estays mirando, fuè despositario de un alma, en quien el

el Cielo puso infinita parte de sus riquezas. Esse es el cuerpo de Grisóstomo, que fuè unico en el ingenio, solo en la cortesìa, Estremo en la gentileza, Fenix en la amistad, Magnifico sin tassa, Grave sin presuncion, Alegre sin baxeza, y finalmente Primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fuè ser desdichado. Quiso bien, fuè aborrecido, adorò, fue desdenado, rogò à una fiera, importunò à un marmol, corriò tras el viento, diò voces à la foledad, firviò à la ingratitude de quien alcanço por premio, ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, à la qual diò fin una Pastora, à quien èl procurava eternizar, para que vivièra en la memoria de las gentes, qual lo pudièran mostrar bien estos papeles, que estays mirando, si èl no me huvièra mandado, que los entregara al fuego, en aviendo entregado su cuerpo à la tierra. De mayor rigòr, y crueldad usarèys vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo Dueño, pues no es justo ni acertado, que se cumpla la Voluntad de quien lo que ordèna, vè fuera de todo razonable discurso: Y no le tuvièra bueno Augusto Cesar, si confintièra, que se pusièra en execucion lo que el divino Mantuano dexò en su testamento mandado. Assi que, Señor Ambrosio, yà que dèys el cuerpo de vuestro amigo à la tierra, no querays dar sus escritos al olvido; que si èl ordenò como agraviado, no es bien que vos cumplays como indifcreto: Antes hazed, dando la vida à estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que estàn por venir à los vivientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despenaderos; que ya sè yo, y los que aqui venimos, la historia deste

deſte vueſtro enamorado, y deſeſperado amigo ; y fabèmos la amiſtad vueſtra, y la ocaſion de ſu muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida : De la qual lamentable hiſtoria ſe puede facar, quanta aya ſido la crueldad de Marcela, el amor de Griſòſtomo, la fè de la amiſtad vueſtra, con el paradero que tienen los que à rienda ſuelta corren por la ſenda que el deſvariado Amor delante de los ojos les pone. Anoche ſupimos la muerte de Griſòſtomo, y que en eſte lugar avia de ſer enterrado ; y aſſi de curioſidad, y de laſtima dexàmos nueſtro derecho viage, y acordàmos de venir à ver con los ojos, lo que tanto nos avia laſtimado en oyllo : Y en pago deſta laſtima y del deſeò que en noſotros nació de remedialla, ſi pudièramos, te rogamos, ò diſcreto Ambroſio (à lo menos yo te lo ſuplico de mi parte) que dexando de abraſar eſtos papeles, me dexes llevar algunos dellos. Y ſin aguardar que el Paſtor reſpondieſſe, alargò la mano y tomò algunos de los que mas cerca eſtàvan ; viendo lo qual Ambroſio dixo : Por corteſia conſentirè, que os quedeys, Señor, con los que yà avèys tomado, pero penſar que dexarè de quemar los que quedan, es penſamiento vano. Vivaldo que deſſeava ver lo que los papeles dezian, abrió luego el uno dellos, y viò que tenia por titulo : *Cancion deſeſperada*. Oyòlo Ambroſio, y dixo : Eſſe es el ultimo papel que eſcrivì el deſdichado ; y porque veays, Señor, en el termino, que le tenían ſus deſventuras, leedle de modo, que ſeays oydo, que bien os darà lugar à ello, el que ſe tardare en abrir la ſepultura. Eſſo harè yo de muy buena gana, dixo Vivaldo ; y como todos los circunſtantes tenían el miſmo deſeò, ſe le puſieron à la redonda, y èl leyendo en voz alta, viò que aſſi dezia.

C A P I-



## CAPITULO XIV.

*Donde se ponen los Versos desesperados del difunto Pastor,  
con otros no esperados Sucessos.*

## CANCIÓN de GRISOSTOMO.

**Y**A que quieres, cruel, que se publique  
De lengua en lengua, y de una en otra gente,  
Del aspero rigor tuyo la fuerça :

Harè que el mismo infierno comunìque  
Al triste pecho mio un Son doliente,  
Con que el uso comun de mi voz tuerça.

Y al par de mi deffèo, que se esfuerça  
A dezir mi dolòr, y tus hazàñas,  
De la espantable voz irà el acento,  
Y en èl mezclados por mayor tormento  
Pedàços de las miseras entràñas.

Escucha, pues, y presta atento oýdo,  
No al concertado Son, fino al ruýdo,  
Que de lo hondo de mi amargo pecho,  
Llevàdo de un forçoso desvarìo,  
Por gusto mio sale, y tu despecho.

El rugir del Leon, del Lobo fiero  
El temeròso ahullido, el Silvo horrendo  
De escamosa Serpiente, el espantàble.

Balando de algun monstruo, el agorèro  
Graznar de la corneja, y el estruendo  
Del viento contrastado en Mar instable,  
Del ya vencido Toro el implacable

T O M. I

P

Bramido,



Bramido, y de la viuda tortolilla  
 El sensible arrullar, el triste canto  
 Del embiudado Bùho, con el llanto  
 De toda la infernal negra quadrilla,

Salgan con la doliente anima fuera,  
 Mezclados en un fon de tal manera,  
 Que se confundan los Sentidos todos,  
 Pues la pena cruel, que en mi se halla,  
 Para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arènas  
 Del padre Tajo oyràn los tristes ecos,  
 Ni del famoso Betis las olivas :

Que alli se esparziràn mis duras penas  
 En altos riscos, y en profundos huecos,  
 Con muerta lengua y con palabras vivas,  
 O yà en escuros valles, ò en esquivas  
 Playas desnudas de contrato humano,  
 O à donde el Sol jamas mostrò su lumbre,  
 O entre la venenosa muchedumbre  
 De Fieras, que alimenta el libre llano:

Que puesto que en los pàramos desiertos  
 Los ecos roncòs de mi mal inciertos  
 Suenen con tu rigor tan fin segundo,  
 Por privilegio de mis cortos hados,  
 Seràn llevàdos por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia,  
 O verdadera, ò falsa una Sòspecha :  
 Matan los zelos con rigor mas fuerte ;  
 Desconcierta la vida larga ausencia :

Contra

Contra un temor de olvido no aprovecha  
Firme esperanza de dichosa Suerte.

En todo ay cierta inevitable muerte :  
Mas yo (milagro nunca visto) vivo  
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto,  
De las sospechas que me tienen muerto,  
Y en el olvido en quien mí fuego avivo.

Y entre tantos tormentos nunca alcança  
Mi vista à ver en sombra à la esperança.  
No yo desesperado la procuro ;  
Antes por estremarme en mi querella,  
Estarme fin ella eternamente juro.

Puèdese por ventura en un instante  
Esperar, y temèr? ò es bien hazello  
Siendo las causas del temor mas ciertas?

Tengo, si el duro zelo està delante,  
De cerrar estos ojos? si hè de vello  
Por mil heridas en el alma abiertas?

Quien no abrirà de par en par las puertas  
A la desconfiança, quando mira  
Descubierto el Desden? y las Sospechas  
(O amarga Conversion!) verdades hechas,  
Y la limpia verdad buelta en mentira?

O en el Reyno de amor fieros tirànos  
Zelos! ponedme un hierro en estas manos;  
Dame desden una torzida foga :  
Mas ay de mi, que con cruel vitoria  
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin, y porque nunca espere



## DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Buen Sucesso en la muerte, ni en la vida,  
Pertinaz estarè en mi Fantasia.

Dirè que va acertado el que bien quiere,  
Y que es mas libre, el alma mas rendida  
A la de amòr, antigua tirania.

Dirè que la enemiga siempre mia,  
Hermosá el alma como el cuerpo tiene,  
Y que fu olvido de mi culpa nace,  
Y que en fè de los males que nos haze  
Amor, fu Imperio en justa paz mantiene.

Y con esta opinion, y un duro lazo,  
Accelerando el miserable plazo,  
A que me han conducido sus desdènes,  
Ofrecerè à los vientos cuerpo, y alma  
Sin lauro, ò palma de futuros bienes.

Tu, que con tantas finrazones muestras  
La razon, que me fuerça à que la haga,  
A la cansada vida, que aborrezco:

Pues ya vès, que te dà notorias muestras  
Esta del Coraçon profunda Llaga  
De como alegre à tu rigor me ofrezco:

Si por dicha conoces, que merezco,  
Que el Cielo claro de tus bellos ojos  
En mi muerte se turbe? No lo hagas,  
Que no quiero que nada fatifagas  
Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta  
Descubre, que el Fin mio fuè tu Fiesta;  
Mas gran simpleza es avisarte desto,

Pues

Pues sè, que està tu gloria conocida,  
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo yà, del hondo Abifmo  
Tantalo con fu Sed: Sififo venga  
Con el peso terrible de fu canto:

Ticio trayga fu Buytre, y assi mismo  
Con fu rueda Egion no se detenga,  
Ni las hermanas que trabajan tanto;

Y todos juntos fu mortal quebranto  
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa  
(Si ya à un desesperado son devidas)  
Canten obsequias tristes, doloridas,  
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros,  
Con otras mil quimeras y mil monstros  
Lleven el doloroso contrapunto,  
Que otra pompa mejor no me parece  
Que la merece un amator difunto.

Cancion desesperada no te quexes,  
Quando mi triste compañia dexes;  
Antes pues que la causa, do naciste  
Con mi desdicha aumentas fu ventura,  
Aun en la Sepultura no estès triste.

Bien les pareció à los que escuchado avian la Cancion de Grisostomo, puesto que el que la leyò, dixo, que no le parecia, que conformava con la Relacion, que èl avia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexava Grisostomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuy-  
zio



zio del buen crédito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondiò Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su Amigo:) Para que, Señor, os satisfagays dessa duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escriviò esta cancion, estava ausente de Marcela, de quien se avia ausentado por su voluntad, por ver si usava con èl la ausencia de sus ordinarios fueros: Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dè alcance, assi le fatigavan à Grisòtomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fuèran verdaderas: Y con esto queda en su punto la Verdad, que la fama pregonava de la bondad de Marcela, la qual fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdenosa, la mesma Envidia, ni deve, ni puede ponerle Falta alguna. Assi es la verdad, respondiò Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que avia reservado del fuego, lo estorvò una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreciò à los ojos; y fuè, que por cima de la peña donde se cavava la sepultura, pareciò la pastora Marcela tan hermosa, que pasava à su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la avian visto, la miravan con admiracion, y silencio; y los que ya estavan acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos, que los que nunca la avian visto. Mas à penas la huvò visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado le dixo: Vienes à ver por ventura, ò fiero Basilisco destas montañas, si con tu Presencia vierten sangre las heridas deste miserable, à quien tu crueldad quitò la vida? O vienes à ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O à ver desde essa altura, como otro despiada-

do



In d. Vanderbank inv. et delin.  
Vol. I. P. 110.

Ger. Vanderhucht sculp.





do Nero, el Incendio de su abrasada Roma? O à pisar arrogante este desdichado cadaver, como la ingrata hija al de su Padre Tarquino? Dinos presto à lo que vienes? O que es aquello de que mas gustas? Que por saber yo, que los penfamientos de Grisòstomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harè, que, aun èl muerto, te obedezcan los de todos aquellos, que se llamaròn sus amigos. No vengo, ò Ambrosio, à ninguna cosa de las que has dicho, respondiò Marcela, fino à bolver por mi misma, y à dar à entender, quan fuera de razon vàn todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisòstomo me culpan: Y assi ruego à todos los que aqui estàys, me estèys atentos, que no serà menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad à los discretos.

HIZOME el Cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos à otra cosa, à que me ameys os mueve mi hermosura. Y por el amor que me mostràys, dezis, y aun quereys que estè yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento, que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable, mas no alcanço, que por razon de ser amado, estè obligado lo que es amado por hermoso, à amar à quien le ama. Y mas que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuesse feo; y siendo lo feo digno de ser aborrecido, càe muy mal el dezir: Quièrote por hermosa, hafme de amar, aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por esso han de correr iguales los desseos; que no todas las hermosuras enamòran, que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasèn,  
y

han de tomàr en cuenta de desdenes. El que me llama Fiera, y Basilisco, dèxeme como cosa perjudicial y mala: El que me llama Ingrata, no me sirva: El que desconocida, no me conòzca: Quien cruel, no me figa: Que esta fiera, este Basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, servirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si à Grisòtomo matò su impaciencia, y arrojado desèo, porque se ha de culpàr mi honesto proceder y recato? Si yo confervo mi Limpieza con la compañía de los arboles, porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los Hombres? Yo, como sabèys, tengo riquezas propias, y no codìcio las ajenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sugetarme: Ni quièro, ni aborrèzco à nadie: No engaño à este, ni sòlicito à aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La Conversacion honesta de las Zagàlas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretièn. Tienen mis desèos por Termino estas montañas, y si de aqui salen, es à contemplàr la hermosura del cielo, passos con que camina el alma à su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, bolviò las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de un monte, que alli cerca estàva, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura à todos los que alli estàvan.

ALGUNOS dièron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estàvan heridos) de querèr la seguir sin aprovecharse del manifesto desengaño que avian oýdo: Lo qual visto por Don Quixote (pareciéndole que alli venìa bien ùsar de su Cavalleria, socorrièn-  
do

y rindiesèn, serià un andar las voluntades confusas, y defcaminadas, sin saber en qual avian de parar ; porque siendo infinitos los Sujetos hermosos, infinitos avian de fer los desèos ; y segun yo he oydo dezir, el verdadero Amor no se divide, y ha de fer voluntario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque querèys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas de que dezis, que me querèys bien ? Sino dezidme, si como el Cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo, que me quexàra de vosotros, porque no me amàvades ? Quanto más que avèys de confiderar, que yo no escogì la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la diò de gracia, sin yo pedilla ni escogella : Y assi como la Vívora no merece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que con ella mata, por averfela dado Naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la Muger honesta es como el fuego apartado, ò como la espada aguda, que ni èl quema, ni ella corta à quien à ellos no se acerca. La honra, y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el Cuerpo aunque lo sea, no deve de parecer hermoso : Pues si la honestidad es una de las virtudes que al Cuerpo, y al alma mas adornan, y hermosèan, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder à la Intención de aquel, que por solo su gusto, con todas sus fuerças, è industrias procura que la pierda ? Yo naci libre, y para poder vivir libre, escogì la soledad de los campos. Los Arboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos : Con los arboles, y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado,

tado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los desèos se sustentan con esperanças, no aviendo yo dado alguna à Grisòtomo, ni à otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir, que antes le matò su porfia que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que èran honestos sus pensamiètos, y que por esto estàva obligada à correspondèr à ellos: Digo, que quando en esse mismo Lugar donde aora se cava su Sepultura, me descubriò la bondad de su intencion, le dixè yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozàsse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura; y si èl con todo este Desengaño quiso porfiar contra la esperança, y navegar contra el viento, que mucho que se anegàsse en la mitad del Golfo de su desatino? Si yo le entretuvièra, fuèra Falsa; si le contentàra, hizìera contra mi mejor intencion, y presupuesto. Porfiò desengañado, desesperò fin ser aborrecido. Mirad aora, si serà razon, que de su pena se me dè à mi la culpa? Quèxese el Engañado: Desespèrese aquel à quien le faltaron las prometidas esperanças: confièsse el que yo llamàre: ufànese el que yo admitière; pero no me llame cruel, y homicida aquel à quien yo no promètò, engaño, llàmo, ni admito. El Cielo, aun hasta aora, no hà querido que yo ame por destino; y el pensàr que tengo de amàr por eleccion, es escufado. Este general desengaño sirva à cada uno de los que me solìcitan, de su particular provecho; y entièndase de aqui adelante, que si alguno por mi murière, no muere de zeloso, ni desdenado; porque quien à nadie quiere, à ninguno deve dar Zelos, que los desengaños no se

T O M. I.

Q

han



do à las Donzellas menesterosas) puesta la mano en el puño de su espada, en altas, è inteligibles voces dixo: Ninguna persona, de qualquier estado y condicion que sea, se atreva à seguir à la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones la poca, ò ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisostomo, y quan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus Amantes: A cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra, que en el, ella es sola, la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuere por las amenazas de Don Quixote, ò porque Ambrosio les dixo, que concluyesen con lo que à su buen Amigo devian, ninguno de los pastores se movió, ni apartò de alli hasta que, acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas Lagrimas de los Circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acabava una losa, que, segun Ambrosio dixo, pensava mandar hazer con un Epitafio, que avia de dezir desta manera.

Yaze aquí de un Amador  
 El mísero cuerpo elado,  
 Que fuè pastor de ganado,  
 Perdido por defamor.  
 Muriò à manos del rigor  
 De una esquiva, hermosa, ingrata,  
 Con quien su Imperio dilata  
 La tiranía de amor.

Q 2

Luego



Luego esparcièron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos ; y dando todos el pèsame à su amigo Ambrosio, se despidièron dèl. Lo mesmo hizieron Vivaldo y su Compañero ; y Don Quixote se despidiò de sus Huespedes y de los caminantes, los quales le rogaròn se vinièsse con ellos à Sevilla, por ser lugar tan acomodado à hallàr aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina, se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeciò el aviso, y el animo que mostràvan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni devìa ir à Sevilla hasta que huvièsse despojàdo todas aquellas fierras de ladrones malandrines, de quien era fama, que todas estàvan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisièron los caminantes importunarle mas, sino tornàndose à despedir de nuevo, le dexàron, y prosiguièron su camino, en el qual no les faltò de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisòstomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinò de ir à buscar à la pastora Marcela, y ofrecèrle todo lo que èl podia en su servicio : Mas no le avino como èl pensàva, segun se cuenta en el discùrso desta verdadera historia, dando aqui fin el segundo Libro.

LIBRO

